He mele no Astrid

by MeimiCaro

Category: How to Train Your Dragon
Genre: Humor, Romance
Language: Spanish
Characters: Astrid, Hiccup
Status: Completed
Published: 2015-02-19 14:32:29
Updated: 2015-09-18 16:45:23
Packaged: 2016-04-27 06:35:55
Rating: K+
Chapters: 2
Words: 8,836
Publisher: www.fanfiction.net
Summary: TWO-SHOT. Los catorce aÃ±os son una edad muy importante para todo vikingo. Por ello, el comienzo debe ser memorable Â¿QuiÃ©n le iba a decir a Astrid que el dÃ-a de su cumpleaÃ±os estarÃ-a plagado de tales sorpresas?

1. He mele no Astrid

Puede que alguien lo haya adivinado con el tÃ-tulo, pero este fic se llama 'He mele no Astrid' porque utilicÃ© como banda sonora la canciÃ³n 'He mele no Lilo', de la pelÃ-cula 'Lilo & Stitch'. Si, lo sÃ©, me complico muchÃ-~simo la vida jajajajajajaja Si alguien quiere escuchar la canciÃ³n mientras lee, perfecto. En mi opiniÃ³n le da un puntillo bastante particular.

QuerÃ-a comentar otra cosa. Este es un one-shot y, como tal, puede leerse como una historia independiente, pero, para los que lean el fic 'Fly with me', serÃ¡ una especie de spin-off. No cambia en nada la trama, solo es un complemento. AdemÃ¡s, todo sucede antes de 'Fly with me'. Lo meciono porque se pueden encontrar semejanzas.

Bueno, sin mÃ¡s demora, os dejo libres para leer.

Â¡QuÃ© lo disfrutÃ©is!

He mele no Astrid

Una de las principales caracterÃ-sticas de las tribus vikingas era su escasa poblaciÃ³n. La resistencia contra el frÃ-o y la difÃ-cil tarea de obtener alimento en terrenos tan hostiles como los propios de las islas del norte complicaban arduamente el crecimiento de la poblaciÃ³n. Bueno, y las guerras contra los dragones, por supuesto.

Por ello, todos se conocÃ-an entre sÃ- y cada cumpleaÃ±os era una

gran celebraciÃ³n. Aunque tambiÃ©n era verdad que los vikingos no necesitaban demasiadas excusas para organizar una fiesta. Bastante difÃ-cil era vivir el dÃ-a a dÃ-a como para resistirse a una.

HabÃ-a una celebraciÃ³n que poseÃ-a especial fuerza. Cuando un joven cumplÃ-a los 14 aÃ±os. Se festejaban dos cosas: En primer lugar, que el niÃ±o habÃ-a crecido, entrando en el camino de los adultos. El joven ya no era una presa fÃ¡cil de las terribles enfermedades del invierno. En segundo lugar, ya serÃ-a capaz de empezar a entrenarse para alzar un arma en el campo de batalla.

Por ello, la celebraciÃ³n se hacÃ-a a lo grande en el Gran SalÃ³n. HabÃ-a comida, bebida, y toda la aldea le hacÃ-a regalos al cumpleaÃ±ero. Desde sus primeras armas hasta hombreras de metal o botas nuevas.

Hipo, despuÃ©s de tener ese pensamiento en su cabeza durante dÃ-as habÃ-a llegado al punto de tener pesadillas con ello. Se despertÃ³ sobresaltado, con el sonido burlesco de las bromas de toda la tribu. Le costÃ³ un minuto reorganizar su cabeza y darse cuenta de que solo habÃ-a sido un sueÃ±o. Al menos por el momento.

El joven vikingo no tenÃ-a miedo a su cumpleaÃ±os, al menos no aÃºn, puesto que todavÃ-a quedaban varios meses para ello. No, lo que le aterrorizaba era lo que iba a suceder ese mismo dÃ-a. El cumpleaÃ±os de Astrid.

Llevaba dÃ-as preparando su regalo, pero cuanto mÃ¡s avanzaba, mÃ¡s dudaba. Al trabajar en la herrerÃ-a, habÃ-a visto a mucha gente hacerle encargos a BocÃ³n. Es mÃ¡s, en mÃ¡s de uno de ellos habÃ-a trabajado. MÃ¡s de la mitad de esos trabajos tenÃ-an que ser "secreto", al menos hasta esa noche. La mayorÃ-a era arsenal para un guerrero, lo cual no era de extraÃ±ar, estÃ¡bamos hablando de Astrid Hofferson despuÃ©s de todo, la vikinga mÃ¡s fuerte, ruda e inteligente de todo Mema.

Y, mientras, Â¿quÃ© es lo que hacia Ã©l? Preparar una estÃºpida e insignificante joya. Probablemente no llegaba ni siquiera a eso. Hipo se hizo una bola, amortiguando un gemido de vergÃ¼enza con sus rodillas. Iba a hacer el ridÃ-culo, iba a hacer un espantoso ridÃ-culo. Delante de toda la aldea y, en especial, de Astrid y su padre. Casi podÃ-a escuchar las burlas de Mocoso, las cuales se volverÃ-an eternas y tendrÃ-an su eco en el resto de habitantes de Mema, ver la mirada decepcionada de su padre y la escÃ©ptica de Astrid.

De repente, el recuerdo de sus bocetos, toda su planificaciÃ³n, y el trabajo a escondidas volvieron a Ã©l, probablemente porque su mente comenzaba a despejarse. MandÃ³ sus mantas al suelo con una patada torpe y furiosa. Si no le regalaba algo a Astrid, serÃ-a una vergÃ¼enza de todas formas, y no podÃ-a evitar sentir rabia ante la posibilidad de que todo su tiempo se hubiera visto desperdiciado en algo que nunca iba a llegar a su legÃ-timo dueÃ±o, que nunca iba a ver la luz. Con ese pensamiento se levantÃ³ y fue la lavarse la cara, con la intensiÃ³n que quitarse los residuos del sueÃ±o.

DespuÃ©s de eso no tuvo mucho tiempo para pensar. Desayuno y corriÃ³ hacia la herrerÃ-a. PasÃ³ toda la maÃ±ana y parte de la tarde trabajando codo con codo con BocÃ³n. AÃºn quedaban muchas cosas que terminar y que tenÃ-an que ser entregadas ese dÃ-a sin falta.

- A la gente le encanta esperar a Ãºltima hora.- ComentÃ³ BocÃ³n, mientras abrillantaba un hacha.

- Los vikingos disfrutan la vida al lÃ-mite, supongo. En todos los aspectos.- ContestÃ³ Hipo, encogiÃ©ndose de hombros, mientras liberaba la mesa de todas las herramientas que habÃ-a en ella.

- SÃ-, y creo que delante mÃ-o tengo a uno.- Dijo, alzando una de sus peludas y rubias cejas, observÃ¡ndole con una expresiÃ³n divertida.

Hipo sintiÃ³ que se sonrojaba hasta los topes. Era imposible que BocÃ³n supiera en que habÃ-a estado trabajando, habÃ-a tenido muchÃ-simo cuidado con ello. Pero, al parecer, el viejo vikingo habÃ-a sido lo suficientemente perspicaz para suponer en que habÃ-a estado trabajando el pequeÃ±o pecoso en sus noches en vela.

- Anda, vete. Haz lo que tengas que hacer. Yo terminarÃ© los pedidos que quedan y mantendrÃ© la forja preparada hasta que llegues.

Hipo no necesitÃ³ escuchar nada mÃ¡s. Se quitÃ³ el delantal de cuero a toda velocidad y saliÃ³ de la herrerÃ-a como una exhalaciÃ³n. La idea de poder terminar, por fin, todos los planes que habÃ-a estado realizando durante dÃ-as, le llenÃ³ las venas de un fuego intenso, poniÃ©ndole el corazÃ³n a mil.

Para su sorpresa, logrÃ³ correr todo el camino a la playa sin chocarse con nadie ni tropezar, lo cual era una proeza. Y, si sus cÃ¡lculos mentales no le fallaban, lo habÃ-a hecho en un tiempo rÃ©cord. Se quitÃ³ las botas y la camisa de lino verde y las resguardÃ³ en una enorme roca. QuizÃ¡s era la adrenalina, pero no sintiÃ³ frÃ-o, pese a que Ãºnicamente vestÃ-a sus pantalones de cuero. Corriendo por la blanca y fina arena, llegÃ³ al agua. Sin pensÃ¡rselo dos veces, comenzÃ³ a nadar. Cuando estuvo lo suficientemente alejado de la costa y dejÃ³ de percibir el suelo a sus pies, se sumergiÃ³. Ya habÃ-a hecho esas inmersiones antes, asÃ- que sabÃ-a muy bien lo que buscaba. No tardÃ³ demasiado en hallar el alijo de ostras, semiescondidas en las grandes rocas, junto a las algas. Utilizando la ligera navaja que llevaba en una de las ligas que sujetaba sus pantalones, empezÃ³ a guerrear para abrirla. Pero, al igual que el resto de los habitantes de esa isla, eran duras guerreras. TardÃ³, y casi se ahoga en el proceso, pero, al fin, logrÃ³ obtener tres blancas y brillantes perlas.

EmergiÃ³, y se sorprendiÃ³ al descubrir la necesidad de aire que tenÃ-a. Se tomÃ³ un par de minutos para recuperar el aliento antes de comenzar la vuelta a tierra.

Al volver a sentir la arena, blanca y suave, bajo sus pies, comenzÃ³ a correr. Ni siquiera recordÃ³ recoger su camisa y sus botas. EmprendiÃ³ el camino de vuelta a todo tropel. Cuando llegÃ³ a la aldea, estaba desierta, pero podÃ-a escucharse el bullicio del Gran SalÃ³n. La fiesta ya habÃ-a comenzado.

BocÃ³n, como le habÃ-a prometido, permanecÃ-a en la herrerÃ-a, manteniendo el fuego vivo. Cuando le vio atravesar el umbral, arqueÃ³ una ceja, observando su empapado aspecto. Pero, en lugar de comentar nada, le dio una palmada en el hombro y saliÃ³ del lugar, en direcciÃ³n a la fiesta.

Hipo no tenÃ-a tiempo que perder. La adrenalina seguÃ-a rugiendo por sus venas, asÃ- que estaba centrado en lo que tenÃ-a que hacer. Fue al habitÃ¡culo en el que realizaba sus diseÃ±os. De uno de los cajones de su mesa, sacÃ³ una pequeÃ±a caja de madera y retirÃ³ lo que habÃ-a en su interior. Fue raudamente a la forja. Se encontrÃ³ con un pequeÃ±o caldero, el cual se hallaba prÃ³ximo a la forja, y solÃ-an utilizar para las piezas mÃ¡s pequeÃ±as. HabÃ-a una cantidad minima de acero, justo en su punto. Hipo se prometiÃ³ comprarle un tonel del mejor aguamiel a BocÃ³n.

Puso una pequeÃ±a gota en el centro de la pieza y colocÃ³, con unas pinzas finas, las perlas sobre ella. La sumergiÃ³ en agua frÃ-a y se asegurÃ³ de que estuviera bien compactada antes de secarla y guardarla de nuevo en su caja.

Sus pies no tardaron demasiado en volver a ponerse en un frenÃ©tico movimiento. Antes de darse cuenta, ya habÃ-a atravesado las enormes puertas del Gran SalÃ³n.

Todo el mundo bebÃ-a, se divertÃ-a y reÃ-a estruendosamente. Astrid era el centro de toda la congregaciÃ³n, rodeada de regalos ya desenvueltos. HabÃ-a ropajes nuevos, botas, hombreras de metal, abrigos y un hacha reluciente, la cual Astrid mantenÃ-a entre sus manos con una mirada brillante.

Cuando la gente se percatÃ³ de su presencia, comenzÃ³ a callarse, hasta el punto de quedarse totalmente en silencio. Y cÃ³mo no hacerlo, si Hipo aparecÃ-a con esas pintas. El pecoso vikingo siempre habÃ-a sido muy peculiar, pero cada dÃ-a se superaba, o eso es lo que opinaba Astrid, la cual lo observaba anonadada. Pese a que estaban en verano, a esas horas hacÃ-a un frÃ-o horripilante. Y a Hipo no se le ocurrÃ-a otra cosa que aparecer con un pantalÃ³n como Ãºnica vestimenta Â¡No llevaba botas siquiera! AdemÃ¡s, estaba empapado de los pies a la cabeza.

Hipo, por su parte, empezÃ³ a perder toda la confianza que lo habÃ-a acompaÃ±ado ese dÃ-a. Se habÃ-a centrado en sus tareas, por lo que habÃ-a mantenido alejados a los malos pensamientos, y la adrenalina le habÃ-a permitido cumplir con Ã©xito esa labor. Pero, ahora, ante la mirada analÃ-tica de todas las personas del pueblo, los cuales lo observaban sorprendidos, empezÃ³ a sentirse nervioso. Por primera vez se dio cuenta de que se habÃ-a dejado la ropa en la playa y, como todo estaba preparado en la herrerÃ-a, el calor del fuego no habÃ-a sido suficiente para secarle. AdemÃ¡s. haciendo una vista rÃ¡pida entre el resto de presentes y el suyo, era obvio que iba a ser la burla.

MirÃ³ sus pies desnudos, los cuales empezaban a estar rodeados por un incÃ³modo charco frÃ-o en el suelo, e inspirÃ³ hondo. RecuperÃ³ los pensamientos que habÃ-a tenido esa maÃ±ana y se encaminÃ³ hacia la mesa de Astrid. Ya no habÃ-a vuelta atrÃ¡s.

Nadie abriÃ³ la boca, ni siquiera Mocoso o los gemelos, lo cual ya era decir. Astrid lo observaba totalmente perpleja, y no podÃ-a evitar parpadear muchas veces, tratando de descubrir si lo que tenÃ-a frente a sÃ-, ese Hipo calado hasta los huesos y con el delgado pecho al descubierto, era real. Si Hipo no hubiera estado tan nervioso, se habrÃ-a reÃ-do. Gobernado por el miedo a empezar a tartamudear, le tendiÃ³ su regalo sin decir nada.

Astrid lo tomÃ³ con cuidado. Era una sencilla caja de madera, con delicados signos vikingos y dragones diminutos como decoraciÃ³n alrededor del cierre metÃ¡lico. La abriÃ³ con cuidado y no pudo evitar encontrarse sin aliento ante lo que encontrÃ³ dentro. Colocado sobre un pequeÃ±o cojÃ-n azul, de una tela brillante que no pudo identificar, habÃ-a una flor de cristal. La extrajo lentamente, temiendo que el simple contacto pudiera romperla, y la expuso a la luz. Se trataba de una flor de cuarzo blanco, con los lÃ-mites reforzados con acero, y el centro decorado con tres preciosas perlas, pÃ¡lidas y brillantes. Era un objeto precioso y muy laborioso.

Astrid brincÃ³ ligeramente de su asiento al escuchar la risa de Hipo y desviÃ³ su mirada de la joya para centrarla en Ã©l. Se estaba peinando los descontrolados cabellos castaÃ±os, tratando de sacudirse un poco los restos de agua, y tenÃ-a las mejillas sonrojadas. Al no llevar camisa, Astrid pudo apreciar con detenimiento su respiraciÃ³n, la cual parecÃ-a mÃ¡s alterada de lo normal.

- No hace falta que lo trates con tanto cuidado, no se va a romper tan fÃ¡cilmente.- Hipo estaba reprimiendo la risa como podÃ-a, pero le estaba resultando muy difÃ-cil. La expresiÃ³n maravillada de Astrid habÃ-a derrumbado todas sus defensas y sintiÃ³ que si a ella le gustaba tanto el presente le daba igual lo que pensara el resto.

- Â¿Probaste a golpearlo o algo para hacer esa afirmaciÃ³n?- Astrid se reprendiÃ³ internamente nada mÃ¡s salieron esas palabras de su boca. Era la primera vez que le regalaban algo tan bonito y delicado, y no sabÃ-a como hacer frente a la vergÃ¼enza que sentÃ-a. Pero, no sabÃ-a porque, Hipo no se lo tomÃ³ a mal.

- No, pero lo diseÃ±Ã© con la intenciÃ³n de que no se rompiera con facilidad. Esos materiales son mÃ¡s fieros de lo que aparentan.

- Â¿DiseÃ±ar? - PreguntÃ³, sin entender. - Â¿Lo has hecho tÃº?

- Â¿Por quÃ© crees que voy asÃ-? - CuestionÃ³ Ã©l en respuesta, con una sonrisa divertida.

Astrid no tardÃ³ en comprender lo que querÃ-a decir. La falta de ropa, su cuerpo empapado hasta los huesos... Â¡Las perlas! Se habÃ-a quedado con la boca seca y la voz no le salÃ-a. Pero, al parecer, eso no les pasaba a los que la rodeaban. No tardÃ³ en escucharse en murmullo de asombro en la sala.

La vergÃ¼enza volviÃ³ a inundar las venas de Hipo, el cual se sorprendiÃ³ por el repentino arranque de tranquilidad que le habÃ-a inundado al hablar con Astrid. Un estremecimiento de frÃ-o le recorriÃ³ la columna, como una mano helada, y decidiÃ³ que era hora de irse.

- Felicidades, milady.- MurmurÃ³ cabizbajo, aunque lo suficientemente alto como para que ella lo escuchara.

Y, con esas palabras, se retirÃ³ rÃ¡pidamente. SegÃºn avanzaba por las escaleras, el bullicio reanudaba su marcha en el interior del salÃ³n. Ya habÃ-a descendido la escalinata cuando escuchÃ³ un grito a sus espaldas. Alguien gritando su nombre.

Astrid estaba bajando a toda prisa, con la cajita en mano. Con su paso rÃ¡pido, no tardÃ³ en estar a su altura, y ni siquiera le faltaba el aliento.

- No me diste la oportunidad de agradecerte.- Le recriminÃ³, con el ceÃ±o fruncido.

Hipo no se esperaba eso. El hecho de que a ella le gustara, aparentemente, su regalo, ya estaba fuera de sus planes. Pero el hecho de que fuera en su busca, intentando mantener una conversaciÃ³n con Ã©l, era casi paranormal.

- Bueno, yo...- ComenzÃ³ a decir, sin encontrar las palabras adecuadas. Ya le parecÃ-a un milagro que no tartamudeara.

- Muchas gracias Hipo, es precioso.- Dijo Astrid, con una cÃ¡lida sonrisa honesta que dejÃ³ a Hipo en las nubes.

- Me alegro de que te guste.- ContestÃ³, tomando un par de mechones de su fleco y jugando con ellos.

Se recriminÃ³ al momento por hacerlo, puesto que era un signo de debilidad, un mal hÃ¡bito que tenÃ-a cuando se ponÃ-a nervioso, pero no lo pudo evitar.

Aunque mantenÃ-a su sonrisa, una parte de Astrid estaba sorprendida. Era extraÃ±o que entablara conversaciÃ³n con Hipo, en realidad, era extraÃ±o que alguien entablera conversaciÃ³n con Ã©l de forma voluntaria, salvo BocÃ³n y su padre. MÃ¡s extraÃ±o era aÃºn que ella se mostrara tan abierta. Y, ahÃ- estaba ella, buscando a Hipo con al intenciÃ³n de hablar con Ã©l. HabÃ-a disfrutado la escueta conversaciÃ³n que habÃ-an mantenido antes en el Gran SalÃ³n, y se le habÃ-a quedado corta. Con el resto habÃ-a intercambiado un par de palabras de agradecimiento y listo, pero algo tenÃ-a Hipo. No sabÃ-a quÃ© exactamente, puesto que era obvio que no cumplÃ-a los cÃ¡nones vikingos, pero... QuizÃ¡s era su sonrisa tÃ-mida o su sentido del humor, tan fresco, natural y un poco irÃ³nico.

- Lo tratarÃ© con cuidado y lo tendrÃ© a buen recaudo en mi habitaciÃ³n.- ContinuÃ³, esperando que Hipo la mirara a los ojos.

El joven la observÃ³, sorprendido, y sintiÃ³ como la realidad volvÃ-a a Ã©l. Lo iba a mantener escondido en su habitaciÃ³n, en un lugar donde nadie mÃ¡s lo viera, quizÃ¡s ni ella misma.

- Ya me extraÃ±aba que lo usaras.- ComentÃ³, con una risa nerviosa, la cual intentaba ocultar el molesto dolor que le habÃ-a presionado las costillas.

- Â¿Usarlo? Es una flor decorativa, Â¿no?- PreguntÃ³ confundida, ante lo que Hipo frunciÃ³ el ceÃ±o.

Sin decir nada, Hipo abriÃ³ la caja de madera, la cual aÃºn estaba en las manos de Astrid y extrajo con delicadeza la flor. Sus dedos, delgados y largos, la atraparon tenazmente. Con la otra rebuscÃ³ bajo el cojÃ-n, hallando una varilla fina de metal. Hipo le mostrÃ³ la varilla y el reverso de la flor a Astrid. La joven ahogÃ³ una exclamaciÃ³n de sorpresa, sin mucho Ã©xito.

- Es un pasador .- ReconociÃ³ y su voz saliÃ³ de sus labios como un suspiro.

- Por eso te decÃ-a que estÃ¡ hecho para enfrentarse a un par de batallas.- ComentÃ³ Hipo tÃ-midamente. - No se romperÃ¡ porque lo uses.

Astrid lo observÃ³ enternecida y maravillada, hasta que una divertida idea se cruzÃ³ por su mente y en sus labios bailÃ³ una juguetona sonrisa. Sin mediar palabra, desatÃ³ la liga que anudaba su pelo y comenzÃ³ a deshacer su trenza. Hipo la observÃ³ perplejo. MÃ¡s atÃ³nito se quedÃ³ cuando se dio la vuelta, con la melena rubia extendida por su espalda.

- Vamos, Â¿a quÃ© esperas para ponÃ©rmelo? - PreguntÃ³ aparentemente impaciente, aunque en realidad se estaba divirtiendo como nunca.

Hipo no dijo nada, sino que se acercÃ³, receloso, a ella. No podÃ-a evitar que le temblaran las manos, pero, Â¿quiÃ©n podÃ-a culparle? Era extraordinariamente inusual ver a Astrid con su suave y dorado cabello suelto. El leve aroma a miel y flores que desprendÃ-a, se intensificÃ³. DejÃ³ la flor y la delgada barra de metal en las manos de la joven y tomÃ³ unos mechones nacientes de una de sus sienes para trenzarlo. Luego, repitiÃ³ el mismo proceso con el otro lado. UniÃ³ las suaves trenzas con sus manos y las entrelazÃ³ con el pasador. Cuando hubo terminado, dio un paso atrÃ¡s.

Astrid tomÃ³ su mano, y lo guiÃ³ escaleras abajo hasta llegar a la herrerÃ-a. El lugar estaba calentito porque Hipo, con las prisas, habÃ-a dejado la forja prendida. Pero, al no haber suficiente leÃ±a, se habÃ-a ido consumiendo, sin riesgo alguno. Astrid se acercÃ³ a las armas de mayor envergadura, como las hachas y las espadas, que estaban colgadas de una de las paredes. Se observÃ³ desde diferentes Ã¡ngulos y analizÃ³ su apariencia con atenciÃ³n. Aunque no se consideraba una chica vanidosa que se pasara el dÃ-a ante su reflejo, le gustÃ³ lo que recibiÃ³. El color blanco penetrante del cuarzo tenÃ-a suficiente fuerza para no confundirse con el intenso cabello rubio que estaba recogido bajo Ã©l. Y las perlas brillaban cÃ¡lidamente con la luz del fuego. Astrid sintiÃ³ algo parecido a un peso en su corazÃ³n, un anclaje. Significaba que ese objeto se habÃ-a vuelto algo inusitadamente importante para ella, aunque no entendiera totalmente las razones. Durante ese dÃ-a, solo le habÃ-a ocurrido con la reluciente hacha que le habÃ-an regalado sus padres. Y, en toda su vida, podÃ-a contar con los dedos de una mano el nÃºmero de ocasiones en las que se habÃ-a repetido ese fenÃ³meno. Por ello, disfrutÃ³ con delicia el cÃ¡lido sentimiento que le calentÃ³ el pecho, sin preocuparse por la razÃ³n de que se diera todo eso.

Hipo se habÃ-a apoyado en una mesa cercana al fuego y la observaba con nerviosismo.

- Por cierto, Â¿quÃ© flor es? No me suena.

- Es un lirio blanco. No procede de estas tierras. La descubrÃ- gracias a un dibujo que le comprÃ© a Johan Trueque.

- Me gustan.- ContestÃ³ la joven sinceramente.

Con esa respuesta, el joven vikingo sonriÃ³. Astrid habÃ-a perdido la

cuenta de las sonrisas que le habÃ-a visto a Hipo durante ese dÃ-a. MÃ¡s que en toda su vida, eso seguro. Solo sabÃ-a que, por razones desconocidas, la sonrisa tÃ-mida y vergonzosa de Hipo se estaba convirtiendo en una visiÃ³n que le gustaba, tanto, como la del lirio que tenÃ-a en su pelo.

De repente, el jolgorio del Gran SalÃ³n aumentÃ³ de volumen, sobresaltÃ¡ndolos a ambos. La burbuja en la que estaban se reventÃ³, y Astrid se retirÃ³ con cuidado el pasador, para poder guardarlo en la caja y rehacer su conocida trenza.

- Creo que deberÃ-amos guardar esto en secreto, por ahora al menos. Mocoso puede volverse muy pesado si descubre que la primera joya de mi vida me la has regalado tÃº y no quiero ni pensar en las ideas que podrÃ-a maquinar mi madre.- ComentÃ³ Astrid con un escalofrÃ-o.

A Hipo le cruzaron las mismas ideas por su mente, con el aÃ±adido de las imaginaciones de su padre y las bromas constantes de BocÃ³n, y se le agriÃ³ la expresiÃ³n. Astrid no pudo evitar reÃ-r. Ya era hora de irse, pero Astrid no pudo resistir la tentaciÃ³n de bromear con Ã©l una Ãºltima vez. Se acercÃ³ hasta quedar a medio brazo de distancia, por lo que Hipo la observÃ³ con suspicacia y un poco de temor. Astrid puso su mejor sonrisa inocente antes de cerrar el puÃ±o y darle un golpe.

- Â¡Ay! - ExclamÃ³ Hipo adolorido, sobÃ¡ndose el brazo.- Â¿Por quÃ© has hecho eso?

- Por avergonzarme. Hoy es el dÃ-a en que comienzo mi camino como una guerrera vikinga, en la que empiezo a convertirme en una digna sucesora de la guerra de nuestros padres.- ContestÃ³ serenamente, antes de ponerle una mano en el hombro y atraerle hacia sÃ-, plantando un beso en su mejilla.- Y esto, por un regalo memorable.

Astrid vio como a Hipo se le subÃ-an los colores y la observaba atÃ³nito. SabÃ-a que tenÃ-a que largarse de allÃ- antes de que se sonrojara ella tambiÃ©n. Pero, en lugar de poner sus pies en marcha, posÃ³ su mano en el vientre de Hipo, que se tensÃ³ con el contacto. TenÃ-a la piel suave y tersa, y se sorprendiÃ³ al percibir la dureza tenaz de los mÃºsculos bajo ella. Esperaba que fuera blando y endeble, casi frÃ¡gil.

- Por cierto, si eres capaz de mantenerte con esta temperatura, aÃºn descalzo y a medio vestir, quizÃ¡s eres mÃ¡s fuerte de lo que aparentas.

Y asÃ-, dejando a Hipo con la boca abierta y casi sin aire, se marchÃ³ rÃ¡pidamente de la herrerÃ-a. Al pie de las enormes escaleras del Gran SalÃ³n se dio cuenta de la tonta sonrisa que tenÃ-a en el rostro. Se obligÃ³ a si misma a tranquilizarse,intentando recuperar la impertÃ©rrita y serena expresiÃ³n que la caracterizaba. Las palabras que le habÃ-a dicho antes a Hipo resonaron en su cabeza. A partir de ese dÃ-a, se iba a preparar para ser una guerrera, la mejor de toda Mema. No tenÃ-a tiempo para esos suaves y empalagosos cosquilleos que le estaban acariciando las palmas de las manos Â¡Y menos con Hipo, por Thor! CogiÃ³ un poco de nieve limpia de las escaleras y se la pasÃ³ por el cuello. Se sorprendiÃ³ al descubrir lo caliente que estaba su piel y se estremeciÃ³ cuando la nieve goteÃ³, derritiÃ©ndose sobre Ã©sta. Pero, al menos, el frÃ-o le habÃ-a

aclarado las ideas y podÃ-a volver a centrarse en todo el armamento nuevo que habÃ-a recibido, con su serena expresiÃ³n de valiente guerrera en el semblante.

AÃºn asÃ-, mientras subÃ-a las escaleras, no pudo evitar preguntarse que podrÃ-a preparar ese aÃ±o para el cumpleaÃ±os del vikingo que habÃ-a dejado sobresaltado en la herrerÃ-a.

Fin.

2. He mele no Hipo

He mele no Hipo

Hipo creÃ-a que, una vez pasado el cumpleaÃ±os de Astrid, todos sus temores se esfumarÃ-an. Ni en sueÃ±os. Con el pasar de los dÃ-as, las semanas y los meses, la cuenta atrÃ¡s para su propio cumpleaÃ±os avanzaba y, con ella, el agujero ardiente que martilleaba en su estÃ³mago. Era difÃ-cil no tenerle miedo. DespuÃ©s de todo, era consciente de que su dÃ-a no iba a tener el mismo efecto que el del resto de los adolescentes de la isla. Al ser el mÃ¡s pequeÃ±o, los habÃ-a visto todos, la algarabÃ-a producida en cada una de las fiestas, y sabÃ-a que el suyo no serÃ-a igual. El hecho de ser sietemesino habÃ-a hecho que todo el mundo lo mirara como el pobre cachorro dÃ©bil de la camada, pero, a su vez, era el hijo del jefe, del Gran Estoico el Vasto. Su cumpleaÃ±os significarÃ-a que, por fin, el supuesto sucesor de Mema dejarÃ-a atrÃ¡s la niÃ±ez y comenzarÃ-a su camino a la hombrÃ-a, a la preparaciÃ³n, no solo de guerrero, sino tambiÃ©n de jefe. Hipo no pudo evitar el escalofrÃ-o que atenazÃ³ todo su cuerpo, provocÃ¡ndole un fuerte espasmo.
>En un lugar como Mema, esa clase de preocupaciones no tenÃ-an lugar para los oÃ-dos de los lugareÃ±os. Tampoco podÃ-a decÃ-rselo a BocÃ³n. PodÃ-a tomÃ¡rselo a broma, como una chiquillerÃ-a de un nervioso atolondrado; o peor aÃºn, decÃ-rselo a su mejor amigo, que resultaba ser Estoico. Solo pensar en su padre sabiendo de sus temores le daban ganas de vomitar. Bastantes veces le habÃ-a visto esa mirada seca y decepcionada en sus ojos para lanzarse con los brazos abiertos a una nueva raciÃ³n. No, gracias. Por ello, la Ãºnica persona con la que contaba para hablar de sus preocupaciones, aunque fuera para simplemente soltar un poco el peso que le estrujaba el pecho, era su amiga de la infancia, Dana. El problema estaba en que la muchacha vivÃ-a a varios dÃ-as de distancia en barco de Mema, asÃ- que no le quedaba otra que confesar sus pesares en el papel y esperar respuesta.
Cuando aÃºn quedaba un mes y medio para la llegada del fatÃ-dico dÃ-a, Hipo se despertÃ³ con las primeras luces del amanecer, con los sentidos tan embotados que tardÃ³ varios minutos en descubrir que estaba despierto. Le dolÃ-a la cabeza y el pecho le enviaba dolorosos pinchazos al respirar, consecuencia de los dÃ-as de insomnio que le acosaban, pasÃ¡ndole factura. Sin ganas de nada, se levantÃ³ y vistiÃ³. Solo pensar en el calor de la fragua y el constante golpeteo del martillo sobre el metal ardiente lo ponÃ-a enfermo, pero no podÃ-a permitirse faltar. Con un suspiro resignado, saliÃ³ de su habitaciÃ³n. No habÃ-a nadie en la casa, asÃ- que no tenÃ-a que fingir tener buena cara ni obligarse a probar bocado. Lo que sÃ- hizo fue tomar abundantes jarras de agua, esperando que el lÃ-quido frÃ-o le despejara completamente las ideas.
>PasÃ³ toda la maÃ±ana en la herrerÃ-a. Fue un dÃ-a bastante tranquilo, dedicado a pegueÃ±os encargos, asÃ- que, de vez en cuando, se escondÃ-a en el pequeÃ±o cuarto que habÃ-a personalizado para sus

creaciones dentro del taller. Era el Ãºnico lugar en el que se sentÃ-a verdaderamente tranquilo. Nadie entraba allÃ-, ni siquiera BocÃ³n. Si Ã©l querÃ-a algo, solo le hacÃ-a falta gritar su nombre. El hecho de que la habitaciÃ³n fuera pequeÃ±a y con la puerta enjuta, dentro de un pueblo de gigantes con brazos de hierro, tenÃ-a sus ventajas. Estaba diseÃ±ando un prototipo de catapulta, el cual le permitirÃ-a lanzar una potente red al aire, cuando una voz cantarina y extranjera clamÃ³ su nombre en el exterior. No tardÃ³ ni dos segundos en salir de la habitaciÃ³n.
AllÃ- estaba, apoyado en el mostrador, Johan Trueque. TenÃ-a una sonrisa de oreja a oreja que enseÃ±aba todos los dientes.
>â€”Buenos dÃ-as seÃ±orito Hipo.
â€”Buenos dÃ-as.â€” le saludÃ³ en respuesta, recorriendo con nerviosismo el cuerpo del hombre que tenÃ-a frente a sÃ-.

Johan ampliÃ³ su sonrisa, si eso era posible, al entender lo que el joven andaba buscando. DejÃ³ una carta sobre la mesa y se volviÃ³, dispuesto a marcharse.

â€”Espero verle pronto por mi barco. Tengo algunas cosas que podrÃ-an interesarle mucho.â€”dijo como despedida, antes de irse.

Hipo agradeciÃ³ internamente su comprensiÃ³n y la tomÃ³. ComenzÃ³ a caminar de vuelta al estudio mientras rompÃ-a el sello de cera que mantenÃ-a la carta cerrada y desdoblaba el papel.

_Querido Hipo, _

Te estÃ¡s volviendo loco sin razÃ³n. Igual que aquella vez, en el cumpleaÃ±os de Astrid. Estuviste angustiado durante semanas y, al final, todo saliÃ³ bien. Mejor que bien, en realidad. Si no me equivoco, estÃ¡s angustiado por muchas cosas y las tienes tan enredadas en tu cabeza que no eres capaz de razonarlas con la mente frÃ-a. Veamos, en primer lugar, temes la reacciÃ³n del pueblo. Si Mema es como me has descrito, es una tribu que adora las festividades por encima de todo, asÃ- que dudo que haya mal ambiente o que te sientas incÃ³modo. En un dÃ-a de felicidad como ese, nadie va a enviarte otra cosa que no sea buenos deseos, estoy segura de eso.

Hipo rumiÃ³ las palabras de su amiga, dudoso. Le costaba mucho creer que Mocoso y los gemelos no hicieran de las suyas ese dÃ-a. Aunque era verdad que siempre se trataba con cierta solemnidad al homenajeado. Actuar con malas formas en un dÃ-a como ese solo lograba atraer los malos deseos sobre la isla.

_En segundo lugar, tu padre. Bueno, comprendo tu tensiÃ³n respecto al tema. DespuÃ©s de todo, una vez hayas cumplido los catorce aÃ±os, tu padre podrÃ¡ empezar a formarte como el futuro jefe de Mema, algo que llevas temiendo durante mucho tiempo. Pero sÃ© que serÃ¡s un jefe fantÃ¡stico. Eres considerado, amable, de fuertes convicciones. AdemÃ¡s de inteligente e ingenioso. Puede que no seas igual que tu padre, pero eso no es malo. TÃº eres tÃº, y eres perfecto siendo asÃ-. _

â€”OjalÃ¡ a mi padre tambiÃ©n le bastara solo conmigo Dana.â€”susurrÃ³ tristemente, antes de proseguir con su lectura.

_En tercer y Ãºltimo lugar, Astrid Â¿QuÃ© es lo que te asusta? AmÃ³ tu regalo. Sabes que te dije que lo harÃ-a. Si estÃ¡ tan anclada en

las tradiciones como me has comentado y es tan orgullosa, no solo te darÃ¡ un obsequio, sino que querrÃ¡ darte uno que, si no tiene su mismo valor, lo duplicara. Estoy segura de que se ha estado rompiendo la cabeza, pensando en que regalarte, desde el mismo dÃ-a de su cumpleaÃ±os. Lo que quiere decir que lleva meses pensando en ti._

La idea que Dana le planteaba le resultaba tan atrayente que estuvo a punto de creerla, pero se obligÃ³ a si mismo a volver a sus sentidos. DespuÃ©s de ese dÃ-a, Astrid se habÃ-a centrado completamente en su entrenamiento de guerrera, aumentando las ya amplias distancias que los separaban. Aunque sus ojos, involuntariamente, siempre la seguÃ-an, rara vez se cruzaban con los suyos.

Estoy segura de que, segÃºn has ido leyendo, has ido contrarrestando todos mis puntos, los cuales estoy total y absolutamente convencida de que son verdad.

Hipo no pudo evitar reÃ-rse ante la particular personalidad de su amiga, tan segura, y que demostraba conocerle al dedillo.

_Por ello, creo que lo que te hace falta es un cambio de aires. SÃ© que no estamos en verano, pero, Â¿por quÃ© no vienes a Kahr? Nunca has visto la isla en esta Ã©poca del aÃ±o, asÃ- que tendrÃ-as cosas nuevas que hacer. QuizÃ¡s podemos despejarte un poco esa cabeza tuya enredada de problemas, Â¿quÃ© te parece? AdemÃ¡s, mi padre estÃ¡ desarrollando una serie de nuevos tratados comerciales bastante importantes. Lleva medio aÃ±o repitiÃ©ndonos que es el logro de la dÃ©cada, asÃ- que, no creo que tu padre se resista a que aprendas las lecciones mercantiles que un suceso asÃ- te puede aportar, Â¿no crees? Siempre que estÃ©s de vuelta para tu cumpleaÃ±os, todo estarÃ¡ bien. AsÃ- que, Â¿quÃ© opinas? _

Espero noticias tuyas pronto, sobre todo si, en lugar de Johan Trueque, me las traes tu mismo.

Aunque Hipo era consciente de que los problemas seguÃ-an existiendo, se permitiÃ³ disfrutar de la calidez que las cartas de Dana le proporcionaban. Ella era la Ãºnica persona con la que podÃ-a ser sincero, completamente, sin miedo. Y era algo recÃ-proco. Hipo estaba totalmente seguro de que, gracias a ese lazo irrompible que compartÃ-an, ambos seguÃ-an cuerdos. ReleyÃ³ una vez mÃ¡s la oferta que su amiga le hacÃ-a Â¿Se atreverÃ-a?

â€”Â¡Por Thor, simplemente hazlo!â€”se dijo el joven a si mismo, levantÃ¡ndose rÃ¡pidamente de su silla, en busca de su padre.

* * *

><p>Hipo vio como Mema se hacÃ-a mÃ¡s y mÃ¡s pequeÃ±a segÃºn el barco seguÃ-a su travesÃ-a. HabÃ-a resultado extraÃ±amente fÃ¡cil convencer a su padre. Es mÃ¡s, lo habÃ-a visto incluso feliz. Probablemente porque creÃ-a que Hipo estaba interesado en formarse como un buen jefe, investigando por su propia cuenta. DecidiÃ³ dejar el tema correr. Estaba haciendo ese viaje para relajarse, no merecÃ-a la pena volverse loco dÃ¡ndole vueltas a la cabeza.<p>

Solo BocÃ³n habÃ-a ido a despedirle al puerto, cosa que no le sorprendiÃ³. No es como si esperara a nadie mÃ¡s. Su padre tenÃ-a problemas con las extracciÃ³n de piedra que estaba al otro lado de la montaÃ±a, asÃ- que habÃ-a tenido que partir antes del alba para poder

sacarle provecho a la jornada. Lo que sÃ- le llamÃ³ la atenciÃ³n fue ver a Astrid. No estaba en el puerto, sino en el acantilado de la montaÃ±a, justo encima. Estaba trenzando piezas de cuero. Era extraÃ±o. Astrid siempre se perdÃ-a en medio del bosque para hacer esas cosas. Cuando hacÃ-a incursiones en la montaÃ±a, en busca de nuevos lugares para explorar, solÃ-a encontrÃ¡rsela. Se ocultaba y pasaba de largo, porque si no estaba lanzando el hacha con furia contra los Ã¡rboles, la tenÃ-a siempre a su lado mientras trabajaba con las tiras. PreferÃ-a seguir vivo, gracias.

Cuando al fin llegÃ³ a Kahr, la cosa fue muy diferente. No solo Dana, sino todos sus amigos de la isla, la atolondrada Saga,el calmado Niels, y la amorosa Freya, lo esperaban ansiosos en el puerto. Apenas puso los pies en tierra, se le lanzaron todos encima.

â€”Yo tambiÃ©n me alegro de veros, Â¡pero me estÃ¡is aplastando! â€”exclamÃ³ Hipo, casi sin aire.

Todos se levantaron, riÃ©ndose. Hipo, ayudado por Niels, se irguiÃ³.

â€”No te esperaba hasta el prÃ³ximo verano Hipo, Â¡quÃ© suerte! â€”comentÃ³ una voz, fuera del grupo.

Todo el mundo puso mala cara mientras Hipo buscaba la procedencia de dicha voz. Se encontrÃ³ con la fuerte mirada de Camicazi centrada totalmente en Ã©l. La joven, alta y delgada, mantenÃ-a una postura erguida que la hacÃ-a ver mucho mÃ¡s alta y fuerte de lo que su cuerpo denotaba, mostraba una poderosa presencia secundada por su personalidad segura y con carÃ¡cter. Su cabello rubio fresa brillaba con el sol, mientras sus ojos azules no le perdÃ-an de vista ni un segundo. Hipo estaba seguro de que ni siquiera pestaÃ±eaba. No sabÃ-a por quÃ©, se sentÃ-a como una torpe oveja a punto de ser devorada por un pesadilla monstruosa.

Antes de que pudiera contestar a su saludo, Dana tomo su mano y lo sacÃ³ del puerto, casi al trote, sin ninguna explicaciÃ³n, siendo seguidos por el resto del grupo. Eso no evitÃ³ que la voz de Camicazi los siguiera.

â€”Â¡Estoy segura de que nos veremos pronto!

La presiÃ³n de la pequeÃ±a mano de Dana se hizo aÃºn mÃ¡s fiera, tirando con mÃ¡s fuerza de Ã©l, hasta que llegaron a un tranquilo acantilado a las orillas del bosque. Hasta que no pararon, no se percataron de lo acalorados que estaban, sobre todo Dana, que parecÃ-a faltarle el aire. Hipo sacÃ³ su cantimplora del morral y mojÃ³ suavemente el cuello de la rubia, la cual lo mirÃ³ agradecida.

â€”No entiendo porquÃ© nos vamos asÃ- siempre que Camicazi aparece. Nadie merece que acabes tan agotada.â€”dijo Hipo, mojando la frente de la muchacha, que se sentÃ³ en el suelo.

â€”Porque no me gusta.â€”refunfuÃ±Ã³, malhumorada.

â€”Desde pequeÃ±as Camicazi y Dana se han llevado bastante mal.â€”explicÃ³ Freya con una sonrisa calma, acariciÃ¡ndole el cabello a Dana.

â€”Â¡Pero si apenas salÃ-as de casa!â€”refutÃ³ Hipo, sin comprender su aversiÃ³n.

â€”No me hace falta verla. Con un par de veces me basta.â€”contestÃ³ Dana, cruzÃ¡ndose de brazos.

â€”TÃº sabes mejor que nadie lo buena que es Dana leyendo a la gente, Â¿verdad?â€”le preguntÃ³ Niels, poniendo una mano en su hombro.

Hipo observÃ³ a Dana, que continuaba refunfuÃ±ando por lo bajo y se negaba a mirarle a la cara. SuspirÃ³ con resignaciÃ³n. ApoyÃ³ una rodilla en el suelo, para estar a su misma altura.

â€”De acuerdo.â€”comenzÃ³ a decir, logrando que Dana cruzara su mirada con la suya.â€”Sabes que confÃ-o en ti mÃ¡s que en ninguna otra tÃº dices que no es bueno acercarme a ella, creerÃ© en tu palabra.

Todos acabaron sentados en el suelo, formando un cÃ-rculo.

â€”AÃºn asÃ-, me gustarÃ-a que algÃºn dÃ-a me dijeras que ocurre. No entiendo por quÃ© me proteges con tanta ferocidad de ella.

El resto del grupo cruzÃ³ miradas, sin saber si Hipo era muy lento o realmente tenÃ-a un corazÃ³n tan puro que no preveÃ-a las malas intenciones de la gente.

* * *

><p>El tiempo en Kahr habÃ-a pasado tan rÃ¡pido como un huracÃ¡n. Sin darse cuenta, ya llevaba un mes allÃ-, y, en apenas una semana, tendrÃ-a que volver de vuelta a casa. HabÃ-a aprendido tantas cosas, disfrutado tanto, que la vuelta a Mema y lo que eso suponÃ-a parecÃ-a una neblina difusa en el horizonte, un sueÃ±o. No se sentÃ-a capaz de preocuparse cuando tenÃ-a un problema aÃºn mayor entre manos. Por razones desconocidas, prÃ¡cticamente todos los habitantes de Kahr habÃ-an caÃ-do en cama. El chamÃ¡n afirmaba que se trataba de una enfermedad del invierno, pero que no era capaz de reconocer que era. Lo que mÃ¡s angustiaba a Hipo era que Dana habÃ-a caÃ-do tambiÃ©n. Aunque se habÃ-a fortalecido considerablemente al crecer, ella siempre se habÃ-a caracterizado por una salud frÃ¡gil. A Hipo le rompÃ-a el corazÃ³n ver a su mejor amiga asÃ-. Le era imposible marcharse a Mema dejÃ¡ndola en ese estado.<p>

Hipo tomÃ³ su decisiÃ³n. Simplemente, no lo harÃ-a.

Poco a poco, la enfermedad abandonÃ³ Kahr, segÃºn el chamÃ¡n, gracias a sus remedios medicinales. Francamente, Hipo creÃ-a que la gente sanaba a la fuerza, solo por no tener que tomar ese brebaje sacado de la peor de las ciÃ©nagas. HabÃ-an pasado ya dos semanas desde su cumpleaÃ±os, pero poco le importaba. En el barco en el que tendrÃ-a que haber partido, en su lugar, iba una carta dirigida a su padre. Por muy distanciados que estuvieran, o por muy importante que fuera la celebraciÃ³n del inicio a la edad adulta, le entenderÃ-a. No podÃ-a permitir que Dana sufriera sola, para su padre, porque era la heredera de Kahr; para Ã©l, porque era su mejor amiga. AÃºn con fiebre y pÃ¡lida como la nieve reciÃ©n caÃ-da, Dana le dio sonriente su regalo. Lo tomÃ³ de sus manos con cuidado, desenvolviÃ©ndolo de la capa de cuero que lo cubrÃ-a. Se encontrÃ³ con un pequeÃ±o libro. La piel que lo cubrÃ-a era suave, de color negro.

â€”Es un diario de viaje.â€”dijo, con la voz entrecortada.

La mirÃ³ sin comprender, al ver que las pÃ¡ginas estaban en blanco, hasta que entendiÃ³ lo que significaba.

â€”Espero que, en un futuro, me narres tus aventuras.

Hipo inspirÃ³ hondo, tratando de bajar el nudo que se le habÃ-a formado repentinamente en la garganta.

â€”Â¿Se puede saber de quÃ© hablas?â€”le preguntÃ³ divertido, aunque hipÃ³ ligeramente debido a las emociones que amenazaban con nublarle los ojos.- No hace falta que te las narre, las vivirÃ¡s conmigo.

Esta vez fue el turno de Dana de sollozar, pero ahogÃ³ el sonido al abrazar a Hipo.

â€”Hipo...â€”lo llamÃ³, tenuemente, casi avergonzada.

â€”Â¿Si?â€”le preguntÃ³ divertido. Dana se abrazaba a Ã©l azorada, con un repentino ataque de timidez. Le recordÃ³ a una niÃ±a pequeÃ±a hablando con su hermano mayor.

â€”Feliz cumpleaÃ±os.

* * *

><p>Hipo sentÃ-a que se pasaba la vida de puerto en puerto. Una vez que todo el mundo estuvo mejor, fue momento de volver a casa. Y ahÃ-estaba Ã©l, regresando a Mema sin haberle avisado a nadie. No es como si, con toda la isla enferma, pudiera enviar cartas a su padre libremente. AÃºn asÃ-, BocÃ³n y Estoico estaban esperÃ¡ndole.<p>

â€”Me alegro de verte hijo, Â¿has tenido un buen viaje?â€”cuestionÃ³ Estoico con su caracterÃ-stico tono formal.

â€”SÃ-, el mar estaba muy calmado.

â€”Â¿Y cÃ³mo estÃ¡ la pegueÃ±a Dana? Â¿Ya estÃ¡ recuperada? â€”preguntÃ³ BocÃ³n, mirÃ¡ndole con interÃ©s.

Hipo, en respuesta, asintiÃ³, sonriendo de oreja a oreja.

â€”Me alegro, ya esa niÃ±a ha tenido suficientes dÃ-as en cama para toda su vida.â€”dijo, dÃ¡ndole un golpecito de apoyo en la espalda.

â€”Creo que es hora de ir a casa. DespuÃ©s de tantos dÃ-as de viaje, debes estar agotado.â€”sugiriÃ³ Estoico, emprendiendo la marcha.

Y, de esta forma, volvieron a casa. Sin darse cuenta, a Hipo se le escapÃ³ mÃ¡s de un bostezo en el camino. Un cansancio del que no era consciente hasta el momento hizo acto de presencia de forma abrumadora. Casi no veÃ-a la hora de llegar a su cama. Su padre, viendo su cara extenuada, le dio un dÃ©bil golpe en el centro de su espalda, llamando la atenciÃ³n del muchacho. Estoico lo guiÃ³ hasta la mesa que habÃ-a en la sala y lo hizo sentarse. Le tendiÃ³ un

paquete, envuelto cuidadosamente en papel. En su interior habÃ-a un pequeÃ±o catalejo, cubierto de piel para protegerlo. Hipo lo analizÃ³ sorprendido. Esperaba muchas cosas de su padre, pero no algo tan... cientÃ-fico, sino mÃ¡s bien combativo, como escudos o espadas.

â€”Era de tu madre.â€”dijo con simpleza, aunque, por su gesto nervioso, se notaba avergonzado de dar un regalo tan obviamente emotivo.

â€”Muchas gracias, papÃ¡.â€”agradeciÃ³ de forma entrecortada.

â€”Bueno, sÃ-, es hora de que... Es hora de que vayas a descansar. Has tenido un viaje muy largo.

Hipo asintiÃ³ y se dirigiÃ³ a su habitaciÃ³n. Observaba el catalejo con curiosidad. Al rozar la piel que cubrÃ-a el objeto, una extraÃ±a sensaciÃ³n le invadiÃ³. Pero no tuvo tiempo de analizarla. Algo lo golpeÃ³ en el cuello. Vio la pequeÃ±a piedra en el suelo, que parecÃ-a mofarse de Ã©l. La cogiÃ³, molesto, cuando una segunda le dio en el brazo. Fastidiado, se alongÃ³ a la ventana, buscando al culpable, encontrÃ¡ndose con una sonriente Astrid, que parecÃ-a burlarse de su cara de hastÃ-o. A Hipo se le fue el malhumor al momento y la observo perplejo. La joven vikinga le hizo un gesto para que bajara. Hipo no respondiÃ³. Simplemente saliÃ³ de su habitaciÃ³n, bajando rÃ¡pidamente las escaleras, en direcciÃ³n al exterior.

Astrid lo esperaba sentada en una roca, con las piernas cruzadas.

â€”Has estado una buena temporada fuera.â€”comentÃ³, a modo de saludo.

â€”Supongo.â€”admitiÃ³, tÃ-mido.

â€”Te perdiste tu fiesta.â€”continuÃ³, en el mismo tono suave y monÃ³tono. No sabÃ-a la razÃ³n, pero a Hipo le invadiÃ³ la alerta de peligro.

â€”TenÃ-a que quedarme allÃ-. Y tampoco es que os perdierais mucho.

â€”Ya, Estoico nos informÃ³ sobre eso, para que postergaramos la fiesta Â¿Y quÃ© significa eso de " tampoco es que os perdierais mucho"?â€”con su pregunta final Astrid dejÃ³ entrever su mal humor lanzÃ¡ndole una mirada furibunda.

â€”Â¿Postergarla? La fiesta de la madurez no se posterga.â€”inquiriÃ³ Hipo confuso, haciendo caso omiso a la cuestiÃ³n de la vikinga.

â€”No se cumplen 14 aÃ±os todos los dÃ-as.â€”contestÃ³ Astrid, bajÃ¡ndose de la roca y acercÃ¡ndose a Ã©l.â€”Es el inicio de una nueva etapa de la vida de cualquier vikingo, no se puede dejar pasar asÃ-, sin mÃ¡s.

â€”Milady, seamos francos. No creo que a nadie en este lugar le importe mucho si paso a la edad adulta o no.

â€”Â¿QuÃ©?

â€”Lo dicho. En Mema solo soy el debilucho hijo de Estoico, un pescado parlanchÃ-n. Nadie tiene lazos conmigo, asÃ- que a nadie le importo lo suficiente como para celebrar algo como esto.

Astrid parecÃ-a congelada en el sitio. No entendÃ-a de donde venÃ-a esa frÃ-a sinceridad de Hipo, siempre tan optimista y afectuoso, pero le estaba poniendo los nervios de punta. A su vez, le estaba haciendo hervir la sangre.

â€”TÃº eres idiota.â€”asumiÃ³ Astrid, aguantando con todas sus fuerzas las ganas de soltarle un puÃ±etazo.

â€”Â¿Perdona?

â€”TÃº eres idiota.â€”repitiÃ³ Astrid, aÃºn mÃ¡s fuerte.â€”Â¿De verdad entiendes el significado de celebrar tu cumpleaÃ±os?

â€”Al parecer no.â€”respondiÃ³, haciendo un gesto con su mano para que hablara.

â€”Celebrar que has pasado a una nueva etapa, quiere decir que tu vida va a cambiar. Ya no vas a ser nunca mÃ¡s un niÃ±o. TendrÃ¡s que tomar tus propias decisiones. SerÃ¡s capaz de elegir tu futuro, quÃ© hacer con tu vida. En el Gran SalÃ³n se celebra que vas a dar tus primeros pasos, esperando que alcances un brillante futuro. Todo el mundo trata de atraer las mejores vibraciones para empezar esa nueva vida con buen pie. Lo que se va a festejar va a ser el maÃ±ana, tu maÃ±ana.

Hipo tomo aire, profundamente, y lo expulsÃ³ con parsimonia. RepitiÃ³ el proceso, con los ojos cerrados, varias veces, hasta que se tranquilizÃ³.

â€”Lo siento.â€”se disculpÃ³, apenado.â€”CreÃ- que, al tardar tanto tiempo en volver, no se celebrarÃ-a nada. Me sentÃ-a muy tranquilo ante esa idea. Pero al oÃ-r que sÃ- se va a llevar a cabo... Me asustÃ©. Lo que suceda en esa fiesta serÃ¡ un fiel reflejo de mi papel en este lugar Â¿Y si soy despreciado? Supongo que tengo miedo de enfrentarme a la realidad. Es un poco patÃ©tico.

â€”Puede ser.â€”concluyÃ³ Astrid, obteniendo un suspiro de derrota por parte de Hipo.â€”Pero es un miedo que todos tenemos. AdemÃ¡s, nadie te odia. Simplemente, no te comprenden.

â€”Â¿Ni siquiera Mocoso?â€”preguntÃ³ divertido.

â€”Mocoso es idiota.â€”aseverÃ³ la vikinga.

â€”Â¿CÃ³mo yo?

â€”No.â€”contestÃ³ riendo.â€”Ã‰l es realmente idiota.

Ambos se quedaron en silencio, mirando el claro cielo, durante varios minutos.

â€”Gracias milady.â€”agradeciÃ³, repentinamente, Hipo. TenÃ-a esa sonrisa suave y tranquila que hacÃ-a que la respiraciÃ³n de la joven

se atascara.

â€”Â¿Por?â€”preguntÃ³, incapaz de decir nada mÃ¡s sin que fuera evidente su repentino nerviosismo.

â€”Por ayudarme a ver las cosas de otra forma. Supongo que solo debo seguir adelante y enfrentarme a los retos que se me presenten.

Hipo volviÃ³ a perderse, mirando al cielo. DespuÃ©s de confesiones tan vergonzosas, se veÃ-a incapaz de ver a Astrid a la cara. No se entendÃ-a a sÃ- mismo Â¿Por quÃ© le habÃ-a dicho a Astrid todas esas cosas? Con Dana, vale, Â¿pero Astrid? Â¿La fuerte, ruda, valiente y hermosa Astrid? Â¿Para que viera cuÃ¡n dÃ©bil era? EstarÃ-a influenciado por la falta de sueÃ±o, la nostalgia nacida por el regalo de su padre o el trauma reciÃ©n revivido. Seriamente, tenÃ-a ganas de darse contra algo. De repente, sintiÃ³ como algo frÃ-o y sedoso le rozaba el brazo. Se girÃ³, encontrando a Astrid, empujÃ¡ndole un pequeÃ±o saquito rojo. Hipo lo tomÃ³, sorprendido. Buscando su mirada para obtener su aprobaciÃ³n, lo abriÃ³. SacÃ³ con cuidado una correa de cuero, trenzada de manera compleja y hermosa, sosteniendo un emblema de plata. ConsistÃ-a en una placa circular, con un dragÃ³n grabado en su centro. Al apreciar con detalle el regalo, Hipo no pudo evitar reÃ-rse a carcajadas.

â€”Â¿Se puede saber de que te rÃ-es?â€”preguntÃ³ la rubia malhumorada.

â€”Bueno, â€”comenzÃ³ a decir, aÃºn riendo.â€”no sÃ© si lo has hecho a posta o es pura coincidencia.

â€”Â¿El quÃ©?

â€”El que me hayas regalado mi primera joya.

Astrid, recordando el pasador de cuarzo que Ã©l le habÃ-a regalado anteriormente, no pudo evitar sonrojarse.

â€”Al principio no era, exactamente, una joya.

â€”Â¿Y eso?â€”se atreviÃ³ a preguntar, dejÃ¡ndose guiar por la curiosidad.

â€”Mi primera idea iba mÃ¡s relacionada con el collar de cuero, pero la Ãºltima vez que vino Johan Trueque lo vi en su barco. ParecÃ-a tan perfecto que lo comprÃ©. Es un medallÃ³n, pero habÃ-a perdido la cadena asÃ- que no podÃ-a usarse. BocÃ³n me ayudÃ³ a limpiarlo.

â€”Â¿DÃ³nde conseguiste Ã©sta entonces? Tiene pinta de haber sido muy laboriosa.â€”comentÃ³, analizando el detallado trenzado del cuero.

â€”Eso... Lo hice yo.

â€”Â¿CÃ³mo?

â€”Que la hice yo.â€”asegurÃ³, cruzÃ¡ndose de brazos.-Puedes deshacerte de ella si no te gusta. Seguro puedes hacer otra mejor.

Hipo la observÃ³ perplejo mientras las palabras de Dana resonaban en su mente: "_No solo te darÃ¡ un obsequio, sino que querrÃ¡ darte uno que, si no tiene su mismo valor, lo duplicara."_

â€”Entonces, lo que has estado haciendo estos Ãºltimos meses en el bosque era...

â€”Â¿Â¡Me viste!? â€”interrogÃ³, exaltada y completamente sonrojada por primera vez.

â€”SÃ-, un par de veces.â€”respondiÃ³, con los ojos abiertos de par en par.

"Estoy segura de que se ha estado rompiendo la cabeza, pensando en quÃ© regalarte, desde el mismo dÃ-a de tu cumpleaÃ±os. Lo que quiere decir que lleva meses pensando en ti."

Sin poder creerse lo que estaba ocurriendo, Hipo rompiÃ³ a reÃ-r una vez mÃ¡s. Sus carcajadas eran tan fuertes que le lloraban los ojos y le costaba respirar, pero le daba exactamente igual. Astrid no le habÃ-a dado un Ãºnico regalo, sino dos, el medallÃ³n y la cadena de cuero creada por sus propias manos; ademÃ¡s, llevaba meses viÃ©ndola trenzar finas tiras de cuero, en medio del bosque. Pensaba que se habÃ-a convertido en su nuevo pasatiempo, pero no. Se habÃ-a estado encargando de su regalo. No le importaba que fuera por el sentido de la responsabilidad y el orgullo de la vikinga. HabÃ-a estado pensando en Ã©l por meses.

Astrid estaba en una encrucijada interna. Hipo se estaba riendo de ella, obviamente, y nadie se reÃ-a de ella y seguÃ-a vivo para contarlo; pero, a la vez, era muy difÃ-cil ver reÃ-r a Hipo. De por si era complicado verle sonreÃ-r, una carcajada tan alegre como esa... Era la primera vez en su vida que lo veÃ-a asÃ-. HacÃ-a que su corazÃ³n se alterara, peligrosamente. Ella no era como una de esas tontas niÃ±as enamoradizas que se dejaban guiar por los nublados sentimientos en lugar de la sensata razÃ³n. Pero, aunque se dijera eso a sÃ- misma, no impedÃ-a que le cosquillearan los dedos y los labios, por las impulsivas y fuertes tentativas de tocarlo. El sonido de su risa, cÃ¡lida, gorgojeante y amistosa, resultaba contagioso y atrayente. Se sorprendiÃ³ a si misma riendo tambiÃ©n. Se sentÃ-a bien. Se sentÃ-a terriblemente bien Â¡Por Thor! Â¿Â¡QuÃ© le estaba pasando!?

â€”Lo siento.â€”se disculpÃ³ el joven, cuando al fin pudo controlarse.â€”Simplemente no podÃ-a parar.

â€”Â¿QuÃ© era tan gracioso?

Astrid no habÃ-a perdido la sonrisa. Era dÃ©bil, pero seguÃ-a allÃ-. AsÃ- que Hipo lo tomÃ³ como una cuestiÃ³n amistosa.

â€”Creo que una amiga mÃ-a es adivina. Me dijo que ciertas cosas pasarÃ-an. Yo no la creÃ-. Al parecer, le debo una disculpa.

â€”Â¿Puedo preguntar quÃ© cosas son esas?

â€”Creo que... lo mantendrÃ© en secreto, por ahora.

Astrid estaba intrigada, pero no insistiÃ³. DespuÃ©s de todo, ese

dÃ-a habÃ-a recibido valiosos regalos que quedarÃ-an grabados en su memoria. El sonido de la risa de Hipo destacaba entre todos.

â€”Milady.â€”llamÃ³ su atenciÃ³n Hipo, extendiendo el colgante hacia ella.â€”Â¿Le importarÃ-a?

Realmente Hipo disfrutaba con el humor irÃ³nico. Ã‰l podÃ-a colgarse, perfectamente, el collar al cuello sin problemas. Le estaba haciendo lo mismo que ella le habÃ-a hecho en su cumpleaÃ±os. Sin embargo, lo tomÃ³ de sus manos y se lo colocÃ³ con cuidado. De camino, sus dedos rozaron con gentileza su aterciopelado cabello castaÃ±o, sus tibias orejas y la tersa piel de su cuello.

â€”Perfecto.â€”apreciÃ³ Astrid, sonriendo al observar el resultado.

â€”Muchas gracias Astrid. Me gusta tu regalo, de verdad.â€”la agradeciÃ³, respondiendo su orgullosa sonrisa con una tÃ-mida.

Sinceramente, Astrid querÃ-a matarlo. La habÃ-a dejado con el corazÃ³n alborotado, otra vez Â¿CÃ³mo podÃ-a actuar de forma tan atrevida y, de repente, sonreÃ-r tan gentilmente? Era una sonrisa tan pura y sincera que derribaba todas sus defensas. Y eso, era muy peligroso. Frente a esa sonrisa se volvÃ-a dÃ©bil y actuaba sin pensar, por lo que dictaba su corazÃ³n en lugar de la razÃ³n. Ante su lucha interna, sus impulsos ganaron la batalla.

â€”Â¡Ay!â€”gimiÃ³ Hipo adolorido, sobÃ¡ndose el brazo.â€”Â¿A quÃ© ha venido eso?

â€”Eso, por tomar tu cumpleaÃ±os como algo que deben disfrutar los otros, no tÃº. Esto,â€”dio otro golpeâ€”por burlarte de mÃ-, y esto, â€”siguiÃ³, tomando su brazo y acercÃ¡ndole hacia sÃ-â€”por tus catorce aÃ±os.

Pero Astrid calculÃ³ mal la distancia y el beso que habÃ-a planeado darle en la mejilla se quedÃ³ justo en el lÃ-mite, en el borde de la comisura de la boca. Para obligarse a mantener el control sobre sÃ-misma, el poco que ya le quedaba, demorÃ³ el contacto un poco mÃ¡s de lo necesario, pero no estaba sonrojada como un tomate al separarse de Ã©l. Al menos, contaba con eso. ComenzÃ³ a caminar de vuelta a casa hablando en voz alta, a modo de despedida.

â€”Â¡Feliz cumpleaÃ±os! Â¡Nos vemos en tu fiesta!

Mientras Hipo permanecÃ-a ahÃ-, estÃ¡tico, con el corazÃ³n a mil, Astrid siguiÃ³ su camino con multitud de pensamientos en mente. No entendÃ-a muy bien cÃ³mo, pero en los dos cumpleaÃ±os habÃ-a descubierto cosas de Hipo que nunca habrÃ-a imaginado, como su bromista forma de ser, su bondad o su personalidad risueÃ±a.

Ambos jÃ³venes, sorprendidos por las hazaÃ±as del dÃ-a, miraron al cielo con el mismo pensamiento:

"Realmente, los cumpleaÃ±os son mÃ¡gicos"

* * *

><p>Â¡Hola a todos! Os traigo la segunda parte de "He mele no Astrid". La verdad es que, originalmente, era un one-shot, pero una vez escrito no pude evitar pensar en la continuaciÃ³n. Por cierto, muchas gracias a the-rider-sel por su review. Espero que esta segunda parte te haya gustado. TambiÃ©n, por supuesto, a todos los que habÃ©is leÃ-do este two-shot.**

Â¡Hasta la prÃ³xima!

End
file.